

1820.

del Gobierno, se hallan resentidos, y si hemos de creer en apariencias, no todos concurrirán con la misma eficacia que en la época pasada, á sostener al Gobierno y defenderlo de los ataques que nuevamente se preparan. Los primeros, especialmente, se quejan del agravio que se les hace, en suspenderles el aumento de paga que disfrutaban en Costa Firme y en la Habana, despues de jurada la Constitucion; se quejan asimismo del atraso en su carrera en los cuerpos de línea, y de que en las guarniciones de los pueblos se les obligue á alternar con los indultados, gente por la mayor parte criminal. El clero secular y regular, á vista de los papeles públicos y de las reformas que se proyectan en algunas cosas religiosas, temen novedades en su existencia, en sus rentas é inmunidades personales. Algunos de sus individuos hicieron servicios importantes al Gobierno en la época pasada, y andan resentidos del olvido en que los ha tenido la Metrópoli, y otros muchos, más ó ménos fanáticos, ó creen cuantas paparruchas inventa la maledicencia, ó temen la tendencia que va tomando el espíritu público contra unos establecimientos religiosos, que ha respetado la antigüedad y han contribuido por su influjo sobre estos naturales, á la conquista y pacífica conservacion de estos paises. Los europeos que se unieron para sostener el Gobierno con sus personas y caudales en la época pasada, no se hallan en el dia animados de los mismos sentimientos. Sea que los hombres se cansan de repetir dos veces iguales esfuerzos, ó que la templanza del Gobierno haya suavizado la irritacion que produjo en los ánimos la primera revolucion, ó que la juventud europea esté dominada como siempre por la influencia del comercio de Cádiz, en el dia exageradamente liberal y enemigo del antiguo Gobierno, es lo cierto que ellos temen la situacion presente del Reino, y no por eso piensan oponerse

1820.

como ántes á los males que preven. Iguales sentimientos respiran poco más ó ménos los propietarios del país; tambien consideran inevitable el suceso de una próxima revolucion; preven la mengua de sus rentas, y en lugar de reunirse al Gobierno como debieran, los vemos, por el contrario, divergentes en sus opiniones, y andar vagando de una en otra tertulia ó en cofradías vergonzantes, para explorar los planes de independencia que en ellas se discuten con más ó ménos embozo, y ponerse bajo la proteccion de los vários muñidores y proyectistas que en ellas sobresalen.

»Esta conspiracion habitual contra el Gobierno, con agentes que se derraman por todas partes en busca de prosélitos, es la que ha acabado de pervertir la opinion pública. Por una parte, la ansiedad en que todos viven, contribuye no poco á abultar los riesgos, dando cuerpo á sus propias fantasías y temores: por otra el público ve envilecida la primera autoridad del Reino, indefenso el Gobierno, burlado por las juntas de censura y atacado por las corporaciones municipales, todas las cuáles, como nuevas, se exceden de las facultades que les dejan sus reglamentos, y blasonan derechos soberanos que no tienen y los extienden á objetos extraños á sus funciones.

»Lo mismo que sucede en Méjico, se repite en las capitales de provincia, y con mayoría de razon en las cabezas de partido y otros pueblos inferiores, en que es mayor la ignorancia de su vecindario, y menor la representacion de sus justicias. A ellos llegan los papelechos de pliego, y medio pliego, con doctrinas sediciosas que lisonjean su inclinacion; y como parten sin correctivo de la residencia del Gobierno, toman ocasion de esa circunstancia los *tinterillos* de los pueblos, para alucinarlos y persuadirlos, que en esos proyectos están conformes las primeras autoridades del Reino.

1820.

»Yo no me atreveré á indicar el tiempo de la catástrofe que muchos esperan ver realizada por momentos; pero sí diré que siguiendo las cosas su camino natural, no saldremos del año sin algunas conmociones más ó ménos generales, y éstas las veo venir por uno ó más caudillos indultados, que se presenten en la escena, mejor dirigidos de lo que estuvieron los primeros corifeos de la revolución, ó que el clero comience esta guerra por odio á los principios adoptados y á la sombra del R. Obispo de la Puebla, que tiene grande influencia en su diócesis, ó finalmente que se revolucione el vireinato con apoyo de los Estados-Unidos...»

Don José Hipólito Odoardo era natural de Caracas; falleció ejerciendo el empleo de director del Montepío en la Habana.

Eran fundadas las quejas de los militares, tanto de los españoles como de los mejicanos.

Eran fundadas las quejas de los militares, de que se les hubiera rebajado los sueldos, en un país tan caro como era Nueva España, y de tener que alternar con los indultados; bien se hizo en decretar una medida, que les abriera la puerta á los insurgentes para abandonar la insurrección; mas era altamente impolítico darles empleos hasta de tenientes coroneles á algunos, pues aunque sólo fueran de patriotas ó fieles realistas, no por eso dejaban de recibir sueldos y de alternar, en campaña especialmente, con los oficiales del ejército real, que no podían ver sin repugnancia que á ladrones y asesinos, siendo pocos los que no lo habían sido; á monstruos como Vicente Gómez, *el castrador*, se les hiciera oficiales. También estaban quejosos los jefes militares, españoles y mejicanos, de que no se les hubiera recompensado debidamente; llamaba, en efecto, la atención que á Hévia, Márquez Donallo y otros de los jefes enviados de España, no se les hubiera dado ni un grado y tuvieran los mismos con que llegaron á Veracruz, despues de algunos años de una campaña pe-

1820.

nosa y activísima, y de notables y honrosos hechos; la llamaba también que á Aguirre, Armijo, Castillo Bustamante, Iturbide, Orrantia, Quintanar y otros no se les hubiera hecho mariscales de campo. En la clase de oficiales españoles y mejicanos, había quienes entraron en campaña de subtenientes en 1810, y sólo eran tenientes graduados de capitanes en 1820, á pesar de tener escudos por acciones distinguidas en los ocho años de la insurrección.

Los mejicanos habían adquirido también una idea extremadamente exagerada de la riqueza del país. Su vanidad llegó hasta el punto de imaginarse los partidarios de la independencia que, lograda ésta, Méjico llegaría á ser la nación más poderosa del mundo. Habían contribuido á fomentar tal idea el *Ensayo político sobre la Nueva España* del Barón de Humboldt, y lo pronto que veían que se reponía el país de los desastres de la insurrección.

Ideas exageradas de los mejicanos respecto de su país.

Como las cosas políticas de Méjico han tenido tan opuesto resultado, al que se propusieron muchos de los concurrentes á las juntas de la Profesa, algunos, particularmente entre los españoles, han tomado empeño en ocultar la parte que tomaron en ellas. Es casi indudable que desde el principio, por convenir á sus miras ambiciosas, se fijó Iturbide en la idea, bien seguro de que no había de encontrarse quien aceptara la corona, de la monarquía con un príncipe europeo, en lo cuál estaban de acuerdo, creyendo que obraba Iturbide con sinceridad, Monteagudo y los españoles; uno de éstos, individuo de la Junta, comerciante muy rico, fué enviado á Guadalajara para comunicar el plan al general Cruz y al Obispo de aquella diócesis. Corrieron en aquella época, y posteriormente, voces sobre una carta que había recibido el Virey de Fernando sétimo, para que proclamara la independencia y pudiera ir el Rey á Mé-

Plan propuesto por Iturbide para la revolución.—Es aprobado por Monteagudo y otros de la Junta.—Sobre lo que se dijo de una carta del Rey al Virey.

1820.

jico; pero es falso completamente y así está probado; el general Apodaca no tuvo conocimiento de los proyectos de independencia, pero sí gran confianza en Iturbide desde el plan de oponerse al establecimiento de la Constitución.

Es nombrado Iturbide comandante general del Sud. — Fuerzas de que se componía aquella division.

Por esta causa se resolvió á darle en Noviembre, un mando tan importante como el de la comandancia general del Sud, por renuncia del coronel Armijo, que lo tenía desde 1814. Las fuerzas que habían compuesto la division de éste eran algunos infantes de la Corona, el batallon del Sud, la compañía de milicias de Acapulco, las de realistas de Tixtla, Chilapa y otros pueblos, con los fieles del Potosí que mandaba Don José Antonio Echávarri, español, y los dos escuadrones de Isabel; posteriormente había sido reforzada la division con el batallon de Tres Villas, mandado por el teniente coronel español Don Rafael Ramiro, y el de Murcia, á cuyo frente estaba accidentalmente Don Martín Almela, también teniente coronel y español.

Pide más tropas Iturbide. — Su deslealtad. — Observacion.

Sin duda no le parecían suficientes estas fuerzas á Iturbide para sus planes, pues estando ya en camino le decía desde la hacienda de San Gabriel al Virey, que «su fin era y sería siempre el de restaurar el orden, y cooperar á la gloria de que el Virey viese en breve tiempo pacífico todo el Reino. Así, pues, mi amado y respetado General, me tomo la libertad de rogarle particularmente con el mayor encarecimiento, que se digne poner á mis órdenes toda la tropa que le he pedido para esta campaña.»

Imposible parecería, á no haber venido á probarlo los sucesos posteriores, que Iturbide abusara á tal punto de la buena fé con que el Virey le había dispensado tanta honra, tan gran confianza; el lector verá en el curso de esta obra que á Iturbide le faltaron sus mejo-

1820.

res amigos, empleando los mismos medios desleales que él contra Apodaca.

Para ocultar mejor sus proyectos, dirigió el quince de Noviembre, víspera de su salida de la capital para tomar el mando del Sud, una solicitud á la Córte, pidiendo el empleo de brigadier por medio del Virey, y á éste *que fuera á unirsele el regimiento de Celaya*, que mandaba el mismo Iturbide.

Pide Iturbide que se le haga brigadier y se le una el regimiento de Celaya. — Intentan proclamar la independencia algunos oficiales de este cuerpo. — Se les disuade, marchan y llegan á Teloloapan. — Sale Iturbide á recibirlos.

Al recibir este cuerpo la orden para marchar, muchos oficiales que repugnaban hacer tan largo y penoso viaje por malos climas, atribuyendo á la ambicion de su Coronel tan fatigosa expedicion, quisieron proclamar la independencia para no ir al Sud; pero otros oficiales más prudentes los disuadieron de aquel acto, que parecía temerario, y se pusieron en marcha, llegando á Teloloapan en los primeros dias de Diciembre. Salió Iturbide á recibir á su regimiento á cuatro leguas de la poblacion; se puso al frente de la tercera compañía, á cuyo capitan Don Francisco Quintanilla apreciaba mucho, y se alejó con él á distancia suficiente de los demás para que no pudieran oír lo que hablaban. Preguntó Iturbide en qué disposicion estaban las tropas de Guanajuato, y Quintanilla le contestó con precaucion.

El mismo dia de la llegada de su regimiento, «convidió Iturbide á su mesa á la oficialidad, á la que dió un espléndido banquete, y concluido éste, al retirarse los concurrentes, citó á Quintanilla para la tarde. En la conferencia que tuvieron, le manifestó Iturbide sin embargo el objeto con que había salido de Méjico, y le dió conocimiento de su plan, preguntándole si para efectuarlo podría contar con los oficiales de su cuerpo. Quintanilla no se atrevió á creer lo que oía, tan contrario á las opiniones y conducta anterior de su Coronel, y no pudo ménos que manifestar su sorpresa y desconfianza. «Nó,» le dijo Iturbide con resolucion, «nada

Llegada del regimiento de Celaya á Teloloapan. — Descubre Iturbide el plan de independencia al capitan Quintanilla. — Comprométese la oficialidad de Celaya á ejecutar lo que intentara Iturbide, sin que éste les descubra su plan. — Observaciones.

1820.

»tiene ésto de incierto: V. desconfía, pero documentos »intachables harán desaparecer toda incertidumbre;» y abriendo una gabeta, le puso en las manos el plan que despues fué proclamado en Iguala, y la correspondencia que llevaba con várias personas de Méjico, entre cuyas firmas vió Quintanilla, con no ménos sorpresa, las de sugetos de la más alta categoría. Entónces le aseguró que el batallon haría lo que Iturbide le mandase, y recomendándole éste el más riguroso secreto, le previno no diese paso alguno sin consultarle.

»Los oficiales, que habían notado la larga conversacion de Iturbide con Quintanilla, durante la marcha, y la cita que aquél le había dado despues del convite, sabiendo además que habían tenido ambos una conferencia misteriosa, sin querer Quintanilla descubrirles lo que se había tratado, comenzaron á recelar que Iturbide, instruido del intento que había tenido en Acámbaro de proclamar la independenciam, desconfiase de ellos, y acaso intentase castigarlos. Trataron entónces de abandonar sus banderas y no ocultaron tal intento á Quintanilla, de cuya buena fé no dudaban, habiéndole avisado Don Miguel Arroyo y Don Valentin Canalizo, ambos subalternos, el día y la hora en que iban á ejecutar su plan, que era á las diez de su próxima noche. Iturbide, instruido por Quintanilla de lo que pasaba, se presentó, sin más compañía que un ayudante, en la casa en que todos estaban reunidos cenando. Grande fué la sorpresa de aquellos oficiales á la vista del Comandante general, el cuál los tranquilizó diciéndoles, que estaba impuesto de la resolucio que iban á ejecutar y del motivo que á ello los impulsaba; que sus propias opiniones en materia de política, no eran acaso diversas de las de los mismos oficiales, pero que no podía por entónces decirles más, exigiéndoles la promesa de no abandonar sus banderas; todos lo juraron así, é

1820.

igualmente se comprometieron á no hacer otra cosa que lo que su Coronel les mandara.

»Este fué el primer punto de apoyo de la revolucion: Iturbide, al salir de Méjico, no sabía cuál sería la disposicion en que estarían el batallon de que era coronel, y mucho ménos las tropas que iba á mandar en el Sud, de las que no tenía conocimiento, y para cuyos principales jefes se le dieron cartas en aquella capital. Tampoco estaba de acuerdo con los militares de otras provincias, aunque contaba con las antiguas relaciones que con muchos de ellos tenía. Se arrojó, pues, á la empresa, contando sólo con el influjo que el mando debía darle; con su arte de ganar á la tropa, y sobre todo con el estado de la opinion, pues viendo precipitarse la revolucion, creyó que bastaba ponerse al frente de ella y darle direccio, para determinar el estallido. Conoció las circunstancias; supo sacar partido de ellas, y en ésto consistió todo el resultado que obtuvo. Lo mismo suele suceder en todas las revoluciones; el momento oportuno es el secreto de ellas.

»Seguro Iturbide por este medio de los oficiales del regimiento de Celaya, aunque sin comunicarles su plan, del que por entónces sólo tuvieron conocimiento, además de Quintanilla, los capitanes Don Manuel Díaz de La Madrid y Don José María González, escribió al Virey, manifestándole, que éste cuerpo había llegado á Teloloapan con sólo la fuerza de quinientos diecisiete hombres, en vez de ochocientos con que se puso en marcha, por la desercio que tuvo en el tránsito, por lo que le pidió dejase en aquel distrito el batallon de Murcia, que contaba con doscientas veintitres plazas y tenía orden de salir para Temascaltepec, cuya demarcacion estaba bajo el mando del coronel Ráfols, á lo que el Virey, no sólo accedió, sino que queriendo Ráfols retirarse del servicio, dispuso que la comandancia

Solicita Iturbide del Virey que ponga vários cuerpos á su disposicio, y fondos suficientes. — Falsedad en el lenguaje de sus cartas al Virey. — Accede el Virey á lo que pide Iturbide. — Motivos de la facilidad del Virey para acceder.

1820.

de Tejupilco quedase agregada á la del Sud con las tropas que en ella había. Solicitó tambien Iturbide que se diese orden para que marchase á unírsele el cuerpo de caballería de la Frontera, que era uno de los que había tenido bajo su mando en el Bajío; que se destinase al Sud al teniente coronel Don Epitacio Sánchez, el cuál despues de indultado se había distinguido tanto entre los realistas, particularmente en la pacificacion de la Sierra Gorda y sobre todo, que se pusiesen á su disposicion sumas considerables de dinero, tanto para que no faltase el prest á la tropa, como para invertirlo á su discrecion en espías y otros gastos de esta naturaleza, asegurando haber pedido prestadas con estos objetos, bajo su responsabilidad, várias cantidades, de las cuáles el Obispo de Guadalajara le había franqueado veinticinco mil pesos, lo que ya se deja entender que aquel prelado no haría sólo por amistad con Iturbide ni por terminar la guerra del Sud, sino hubiese estado instruido de las miras ulteriores que se tenían; y que había tomado á rédito sobre sus fincas, treinta y cinco mil de los depósitos de concurso de la Audiencia de Méjico, prefiriendo la buena asistencia de la tropa al bien de su familia, no obstante el mal estado de su casa.

»Para lisonjear al Virey é inclinarlo á acceder á lo que le pedía, le expuso: «que el sistema piadoso seguido por el mismo Virey, que le había ganado la pública estimacion y producido tan buenos efectos para la pacificacion general del Reino, era el que debía conducir tambien á la de aquel distrito.» «Plegue al cielo,» le decía, «que antes de concluir Febrero, podamos bendecir al Señor Dios de los ejércitos, y tributarle en el sacrificio incruento, las más sumisas y reverentes gracias porque nos haya concedido la paz completa de este Reino, y aunado los intereses de todos los habitantes;»

1820.

y manifestando que para lograrlo era menester valerse de todos los recursos posibles, «de los cuáles los más eficaces son distribuir la moneda con prudente liberalidad, pues por ella aventuran los hombres sus vidas, y hacen esfuerzos que no practicarían por ningun otro estímulo,» indicó que tenía formado un plan con el cuál, á merced de tales medidas, poniendo confidentes diestros é instruidos al lado de los mismos jefes de la revolucion, se economizaría el derramamiento de sangre, se ahorrarían doscientos cincuenta ó trescientos mil pesos á la Hacienda nacional con el gasto oportuno de diez ó doce mil, reduciéndose la campaña á dos meses y medio ó tres, en vez de un año ó más que de otra suerte podría durar.»

«Tengo adelantado ya mucho en este plan,» dijo en seguida al Virey, «como manifestaré á V. E. á su debido tiempo, y ruego por tanto á V. E. que, si lo tiene á bien, se sirva mandar aquella suma luégo, en el concepto firme de que no se hará inversion ni áun de la más mínima parte de ella sino con la probabilidad más segura por el apoyo de una prudente y sana crítica.» El Virey, en consecuencia de estas comunicaciones, mandó en quince de Diciembre á los Ministros de la Tesorería situasen en Cuernavaca doce mil pesos á disposicion de Iturbide, previniendo á éste que le diese frecuentes partes de cuanto fuese ocurriendo en este importante asunto. Al mismo tiempo se le hicieron dos considerables remesas de municiones, y de todo lo necesario para dar principio á la campaña.

»Esta facilidad del Virey en acceder á todo cuanto Iturbide pedía, ha sido considerada como una prueba de que estaba de acuerdo en el plan de revolucion que se tramaba, cuyo concepto corroboró el desacierto en la direccion de las operaciones sucesivas de la guerra; pero todo concurre á persuadir que no tuvo parte al-

1820.

guna en lo que se intentaba, y lo demuestran los artificios de que Iturbide se valió para mantenerlo engañado, haciendo que pusiese en sus manos todos los medios para efectuar la revolucion, como si fuesen á emplearse en la guerra del Sud, que tanto deseaba el Virey ver terminada. Este habría recibido sin duda con aplauso á Fernando sétimo, si se hubiese presentado en Méjico, y lo hubiera obedecido sin titubear como soberano absoluto; pero su lealtad no le pudo permitir ir más adelante; la misma nobleza de su carácter facilitaba el que se le engañase, pues no podía presumir en otro una perfidia que él era incapaz de cometer.»

Se presenta al indulto Don Juan Davis Bradburn.

«Un suceso acontecido en estos dias, parecía ser un presagio feliz de la campaña que iba á empezarse, y probaba el influjo del nombre de Iturbide en los países en que había ido á mandar. Presentóse á pedir el indulto el dieciseis de Diciembre, con otros doce individuos, el norte-americano Don Juan Davis Bradburn, de quien he tenido ya ocasion de hablar en esta Obra con motivo del sitio del cerro del Sombrero, y haber intentado despues de la muerte de Mina levantar fuerzas en la provincia de Michoacan. Derrotado en Chucándiro por Lara, se retiró al Sud y permaneció al lado de Guerrero hasta la venida de Iturbide, quien lo recibió con aprecio, no sólo por la fama de valor que Bradburn tenía, cuya calidad estimaba Iturbide sobre todas, sino por haber salvado la vida á unos oficiales de la Corona, hechos prisioneros en uno de los destacamentos sorprendidos por la gente de Guerrero, el cuál había mandado pasarlos por las armas. Bradburn fué nombrado ayudante por Iturbide, quien además le hizo contraer matrimonio con una Señorita de una de las familias más distinguidas de Méjico.»

La Hacienda en 1820.

Las rentas subieron en este año á veintiun millones de pesos, con lo cuál, no solo se cubrieron los gastos

corrientes del año, sino que se pagaron cuatro millones de las deudas causadas durante la insurreccion.

En las elecciones para diputados á las Córtes se había echado de ver bastante el espíritu que dominaba en N. España: fueron nombrados Ramos Arizpe y Michelena, de quienes tienen noticia mis lectores; Cortazar, Couto y Fagoaga, perseguidos por conspiradores en favor de la insurreccion. Además de Fagoaga había otros tres españoles entre los diputados: Don Andrés del Rio, profesor de mineralogía en el colegio de Minería; Don Tomás Murphy, comerciante, con cuñado del ex-virey Azanza, y el coronel Don Matías Martin y Aguirre; eran los dos primeros decididos por la independencia, y Murphy fué cónsul general en París despues de hecha ésta. A Aguirre se le alejaba políticamente del mando de sus tropas: se creía que como militar se opondría á la independencia, aunque era liberal, y se temía al influjo que ejercía entre los jefes y los oficiales que estaban á sus órdenes.

1820.
Elecciones de diputados.—
Quiénes fueron nombrados.

CAPITULO II.

Salió Don Matías Martin y Aguirre de Valladolid para Méjico, en los primeros dias de Enero, dirigiéndose á Veracruz para embarcarse. Al pasar por Méjico se presentó al Virey; éste, que le apreciaba mucho y hacía gran confianza de él, le preguntó que le parecía el nombramiento de Iturbide para comandante general del Sud, y el estado del país. «Militarmente excelente; es el primer jefe de Méjico,» contestó Aguirre; «políticamente fatal, porque será el último insurgente con quien habrá V. de luchar, y en el estado en que se encuentra el país dudo que pueda V. vencerle.» No creyó el Virey á Aguirre: bien sabía él que N. España estaba ex-

1821.
Se pone en camino Aguirre.—Pregunta que le hace el Virey sobre Iturbide, y contestacion de Aguirre.

Informe del Virey al Ministro de-Gracia y